

# BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS,  
DE CADIZ.

---

## LIBRO PARA NIÑOS.

Uno de los libros que respondieron al llamamiento hecho por esta SOCIEDAD con motivo del Concurso promovido por el señor Uceda y que, á pesar de su bondad esencial y de su innegable aplicacion á los fines modestos del aprendizaje de la lectura, no pudo optar al premio por carecer de composiciones en verso que preferentemente reclamaba el programa, háse dado á la estampa en Madrid y circula ya profusamente por las escuelas de primeras letras. Comparte con el autor, D. Antonio Collado, la gloria de esta infantil popularidad nuestra SOCIEDAD, que no sólo fué la iniciadora de un pensamiento que ha dado tan preciosos frutos, sino que ve en la aceptacion de ese librito y en la avidez con que los niños devoran sus páginas y ansian aprender para saborearle con la lectura, las más claras señales de su acierto al dedicar á las escuelas los productos del concurso y al llevar, bajo tan sencilla como provechosa forma, á la conciencia infantil, los beneficios y las dulcísimas teorías proteccionistas.

Aunque nuestro libro no ha podido ver la luz pública, no por eso hemos de sentir que otro le preceda; porque en tan oportuno y eficaz precursor tiene la SOCIEDAD una prueba de la buena suerte que habrá de caver al suyo, que así mismo hiere los más tiernos sentimientos y conmueve las ricas fantasías de los niños con igual propósito y por diferentes medios.

*Los cuentos del Pastor* es una coleccion de breves pero interesantes historias que ponen de manifiesto la utilidad material y aun moral que ofrecen los animales, los aprovechamientos que pueden sacarse de su uso racional, las ventajas que se obtienen

Febrero 1.º, 1879.—Tomo V.—Núm. 15.



de su cuidado y conservacion y lo que el alma gana con el amor y el respeto á que son acreedores como seres vivos, y que nos reclaman con toda la fuerza de esos deberes que constituyen la moral natural, hoy aun desalojada de muchos tratados elementales de Etica, desconocida todavia por muchas personas que se tienen por ilustradas y desdeñada por no pocos moralistas vulgares de esos que se han detenido en el *abc* de las ciencias antropológicas, sin reparar que fácilmente se tropieza con ese grupo de deberes para con los animales, apenas se clasifican las relaciones en que vive el hombre, como criatura superior, con todo cuanto le rodea.

Sencillo libro de cuentos que inicia tan transcendental reforma, dirigiéndola con gran acierto de abajo arriba es el del señor Collado y Tejada; manantial suave y risueño como fresca corriente destinada á templar la sed del niño; pero que bien pronto se ensanchará en el valle para llamar la atencion del jóven y mitigar su curiosidad, y al fin irá á perderse en ese mar en que ya navega el talento del hombre reflexivo y filósofo y que está destinado á llevar por todas partes la obra particular de cada hombre y de cada pueblo para realizar eso que se llama civilización, destino y esperanza de la humanidad terrestre.

Todas las reformas seguras y acertadas hácense de esta manera; las que brotan de arriba, tienen y producen el mismo efecto que las tempestades, que tambien se engendran en lo alto; rugen, conmueven, perturban y luego pasan, mueren y no dejan rastro ó lo dejan en ruinas. Por el contrario, la idea que en poética forma penetra en el corazon del niño, y luego con más severo aspecto sube á la cabeza del jóven, y al fin con firme aptitud se posesiona de la conciencia del hombre, tiene asegurado el triunfo y logrado un éxito tan importante como duradero.

De este modo el pensamiento proteccionista, hoy caido bajo tan graciosa y seductora vestidura de la pluma del Sr. Collado sobre las manos de los niños, penetrará en las conciencias blandas de la infancia y subirá, subirá hasta la mente de los filósofos y el ánimo de los venideros gobernantes. Entónces, cuando aquellos abran sus labios y estos dicten sus leyes, las conciencias responderán á sus enseñanzas y prescripciones, y como la reforma ya estará hecha, su formulacion será un deber más bien que un don de la ciencia ó de la justicia, y un progreso



seguro que se hallaba en el corazón de las masas ántes que en las cátedras de los sabios y en los libros de las leyes.

Ya no hay pueblos en la Europa que deban esperar de los gobiernos ni el impulso de su marcha ni el sentido de su dirección; de algo le ha de servir á aquella ser vieja: no son los pueblos masas inconscientes que se dirigen con un cayado ó con un rejon; antes bien la ilustración les da la brújula, la libertad les permite ensayar sistemas y concebir planes, y á los gobiernos sólo toca obedecer la inspiración, estudiar la necesidad y regular el movimiento. Ardua, noble y sagrada misión; que no siempre han de estar la grandeza y la respetabilidad donde están la espontaneidad y la iniciativa. Coger el pensamiento, depurarlo de sus imperfecciones, enaltecerle así y al par facilitarle, ó posibilitarle al ménos, y luego darle forma, plantearle y llegarle á realizar á gusto y satisfacción de los pueblos que habían sentido su necesidad y no hallaban la manera de asegurar su satisfacción cumplida, es obra interesantísima, augusta y semi-divina. Gobernar así, es manifestar lo que vale una providencia semejante á la de Dios y ordinaria, universal y sensible para todos. Tal es la misión de los gobiernos futuros.

Tal es lo que les corresponde hacer con la idea proteccionista, cuyos gérmenes lanza un humilde maestro de párvulos, desde el rincón de su escuela sobre las inteligencias eflorescentes de la generación venidera. España empezará á sentir el peso de estas ideas, las colocará en las corrientes de su progreso y estas las llevarán por todas partes, hasta que su misma propagación las aproxime á las cumbres del poder, donde las recogerán los encargados de darles forma literal en los códigos y forma práctica en las costumbres.

Si esto puede servirle, no ya de satisfacción, sino hasta de gloria al Sr. Collado, como sirve de honor y de esperanza á esta SOCIEDAD PROTECTORA, téngalo por seguro: mañana el propósito del autor de los *Cuentos del pastor*, se hallara en las leyes; estas le habrán tomado de las conciencias, y le reflejarán con toda la grandeza y solemnidad que imprimen á las exigencias de un pueblo los sagrados Cánones que dicta la representación nacional y sellan los altos poderes del Estado: la obra chica aparecerá colosal; más como tendrá sus cimientos en el fondo de los espíritus, no hay miedo de que oscile y se tambalee; no hay miedo de que caiga y se desmorone; la idea proteccionista



será factor inefable de ese admirable producto que se llama *civilización humana*.

He aquí la graciosa manera con que el editor ha sabido dar cuenta al público de la existencia de este bello libro: mas ántes de reproducir el nuevo cuentecillo, reciba el autor la enhorabuena por su trabajo y la expresion de nuestra consideracion y aprecio.

EL DIRECTOR DEL BOLETIN.

## LA GOLONDRINA BLANCA.

Paseaba este mes de Agosto por las eras de un pueblo de la provincia de Zamora en compañía del Cura y Maestro de Escuela del lugar, cuando un grupo de muchachos pequeñuelos que jugueteaban y se revolaban sobre una parva de mies, abandonó de repente este entretenimiento y se dió á correr y gritar palmoteando ¡la salvadora! ¡la salvadora!

La costumbre de fijarme en los juegos de los niños, me hizo dirigir la vista hácia el objeto que aquellos pequeñuelos perseguían con sus carreras, y júzguese mi sorpresa al contemplar una *golondrina blanca*, que, cual copo de nieve rebatido por el aire, con rápido y constante vuelo unas veces circular, otras recto, se ocupaba en limpiar la atmósfera de incómodos insectos, en compañía de otras muchas golondrinas azules.

—¡Es posible, exclamé dirigiéndome á mis compañeros, que tan bonito pájaro sea una golondrina!

—Y tan posible, me contestó el Cura; que vamos á llegar hasta esa ermita que tenemos al frente, y en ella podrá V. contemplar el nido donde tiene su cria este animalito.

Efectivamente, sobre la puerta de la ermita había una pequeña ornacina, en cuyo centro se destacaba el busto del Salvador del mundo, y sobre la misma cabeza de la efigie, en el arco que formaba la parte superior del nicho, se veía un nido de golondrina.

Contemplando nos hallabamos cuanto dejaba que desear por su mérito artístico la imagen del Salvador, cuando la gritería y algazara de los muchachos nos anunció su proximidad, y un momento despues la hermosísima *golondrina blanca*, cual disparada por una flecha, se introdujo recta y sin vacilar dentro del nido, para alimentar á los hijuelos con el producto de su caza.

—Ahora no tendrá V. duda, mi querido madrileño, me dijo el Cura sonriendo, de que ha visto una golondrina blanca como un copo de algodón: y si, por otra parte, le ha podido llamar la atencion el que los niños la llamen la *Salvadora*, tampoco le costará trabajo averiguar, una vez



visto donde ha establecido su residencia, por qué la han aplicado tan simbólico como cariñoso título.

—Aun hay otra causa, señor Cura, contestó el Maestro, además de la que V. acaba de exponer, para que este extraordinario y precioso pájaro se haya granjeado tan simpático nombre; y como estamos en la mejor oportunidad de averiguarla, si á ustedes no les molesta vamos á que nos la digan los que deben saberla bien. Y diciendo y haciendo, á una señal con la mano, nos vimos rodeados por una docena de rollizos y mofletudos chiquillos, respirando satisfaccion al verse llamados por su Maestro y poder contemplar de cerca á un *señorito* de Madrid.

El maestro dirigió la palabra á uno de los más crecidos y que podría tener siete años de edad:—Eustaquio, le dijo, estos señores desean que nos digas por qué llamais la *salvadora* á la golondrina blanca.

El niño se puso encarnado como una manzana al verse hecho blanco de las miradas de todos; pero al observar la sonrisa con que le animábamos á comenzar su relacion, respondió ya decidido:

—Porque mi abuelita dice, que la golondrina blanca, es la misma que hace muchos años vino desde unas tierras en que no hay más que moros muy malos y de muy malas intenciones, y trajo una carta de un pobre cautivo que tenían aquellos morazos; y por esta carta supo la familia del cautivo donde estaba preso, y fué por él y se lo trajo á su casa, y todos volvieron á ser muy felices.

—¿Y dónde ha leído tu abuela esa historia? le pregunté yo, más interesado de lo que aparentaba en la relacion del niño.

—¡Toma! contestó éste: mi abuela no lo ha leído en ninguna parte, porque no sabe leer: pero mi hermano Feliciano, que ya es muy grandullon, y casi se le había olvidado leer desde que salió de la Escuela, cogió el libro que el señor Maestro dió á mi primo Rafael en el mes de las pepitañas; y como ese libro tiene unos cuentos tan bonitos, y los cuenta el Sr. Clemente así..... tan claritos, que todos los entendemos, Feliciano se ha aficionado con él, y lee que mas lee, á fuerza de tenerle en la mano, lee ya tan ricamente como el señor Maestro.

—¿Y cómo se llama ese libro? le volví á preguntar.

—*Los Cuentos del pastor*, contestó el muchacho: y yo, y todos los chicos que estamos en Caton, nos estamos aplicando mucho, mucho, para pasar pronto á él, porque así nos lo tiene prometido el señor Maestro.

—Y así os lo cumpliré, contestó éste. Pero aun no nos has dicho por qué llamais la *salvadora* á la golondrina blanca.

—Pues yo se lo diré á ustedes. Aquel señor á quien salvó la golondrina del cuento, para recompensar á la familia que quitó la carta á la golondrina y se la dió á la mujer y á los hijos del cautivo, la regalaron una huerta que se llamó *Huerta de la golondrina salvadora*. Esta golondrina no volvió á aparecer por aquellas tierras; y como hace ya mucho tiempo que pasaron estas cosas, mi abuela se ha empeñado en que la go-



londrina del cuento es esa misma que tiene ahí el nido, que á fuerza de años se ha vuelto blanca, y que para que la conozcamos todos y la llamemos por su nombre, se ha venido á vivir á la ermita del Salvador.

Mi padre se rie de estas cosas, y dice que á las golondrinas no se les vuelve la pluma blanca con los años, como el pelo á las personas; pero á los chicos nos gusta más lo que dice la abuela, y por eso llamamos la *salvadora* á la golondrina blanca.

Un beso de cada uno de nosotros recompensó al narrador de tan peregrino cuento, y prometiéndole á él y á sus compañeros que al día siguiente iría á visitarlos á la escuela y les llevaría nueces, se volvieron al lugar satisfechos y dando carreras.

—Ahora debo manifestar á ustedes, dijo el Maestro dirigiéndose al Cura y á mí, que ya sabía yo la conseja que con tan infantil estilo nos acaba de relatar el pequeñuelo Eustaquio: pero que he tenido el capricho de que la oigan ustedes de sus labios, para que se enteren de la saludable influencia que sobre la enseñanza de la niñez ejercen libros como el que acaba de citar.

En el mes de Marzo de este año, hice que me frajeran de Madrid una docena de ejemplares de los *Cuentos del pastor*; y habiendo encontrado en ellos amenidad y el estilo necesarios para cautivar la imaginacion de los niños, lei en alta voz algunos de sus cuentecillos. No me había engañado respecto á la bondad y á la conveniencia de este libro. Su lectura entusiasmó tanto á los muchachos, que, dentro de la Escuela todos se esmeran á porfía en adelantar para que los *pase* á él; y el que ya consigue poseerle, apenas si en su casa le suelta de la mano, obligado por la familia y por las vecinas á que las lea sus bonitos cuentos.

—Mucho placer me causa, contesté al Maestro, cuanto he visto, y aun mucho más lo que V. acaba de decir. En cuanto vuelva á la corte, prometo á V. que el autor de los *Cuentos del pastor*, *que es mi mejor amigo*, le remitirá dos docenas de ejemplares para que V. los distribuya del modo que tenga por conveniente.

—Pues que nos mande otras dos docenas más que yo pagaré, añadió el Cura, porque son tan escasos los libros de primera enseñanza que consiguen interesar á niños, adultos y viejos, que bien se merecen los que existen el ser propagados por cuantos tenemos el deber de ENSEÑAR AL QUE NO SABE.

CAYETANO COLLADO.  
Socio corresponsal.



## APUNTES PARA UNA HISTORIA DEL TOREO EN ESPAÑA.

(CONTINUACION.)

La octava corrida de abono, celebrada el 3 de Junio, no ofreció nada de particular; una buena mojada que pudo atacar los pulmones, pero que no llegó á resfriar el entusiasmo de los espectadores, un batacazo de Melones, una cencerrada á Hermosilla y un rebolcon de Cara-ancha, con 12 caballos muertos, ofrecen el cuadro de esta gallarda fiesta.

Sin embargo, á *La Iberia* del 5 se le ocurre el siguiente comentario.

"Navarrito, que así se llamaba el cuarto toro, era berrendo como el anterior y tenía también capucha y polainas, todo lo cual era muy necesario para la tarde que hacía.

Melones puso dos varas, cayendo en la segunda al descubierto; el toro le dió tres acometidas, sin hacerle daño por milagro.

—Pero ¡y los espadas,—dirán Vds.,—estuvieron al quite?

—No señor; pero estuvieron al *trae*, porque después de haberse marchado la fiera, la volvieron entre todos al sitio donde se hallaba el picador, el cual sufrió un pisotón en la rodilla izquierda, que le impidió seguir trabajando.

Excelentes capotes, soberbio director de plaza!

Por fortuna de todos, desde el jueves próximo estará en la Plaza Frascuelo, y desaparecerán peligros semejantes."

Ya lo veis; desde el jueves se acabaron las desdichas en la plaza de toros: *Frascuelo* vuelve á ella, y esto sólo evitará que los picadores caigan, que los toros den tres acometidas á los que tienen la torpeza de caer, que por milagro no les hagan daño, (y esto es lo triste que Frascuelo sirva de amuleto contra tales milagros), y enfin que los toros peguen pisotones de tal importancia que no puedan los *artistas* seguir trabajando.

Y tan es interesante la participacion de *Frascuelo* en la lidia, que España se conmueve (ó Madrid, que hemos convenido en que es lo mismo) en vísperas de tamaño acontecimiento.

He aquí lo que dice el mismo periódico del día 7.

"Hoy no se habla de política en Madrid.

El acontecimiento del día es la salida de Frascuelo.

Lo extraño es que se celebre sesión en las Cámaras.



Ni las fiestas nacionales se guardan ya.

Los billetes de la Plaza de Toros, que valen siete reales, se pagaban ayer á 50.

¡Qué desprendimiento!

Estos españoles son aquellos que usaban yesca para no pagar el pequeñísimo impuesto de guerra que se estableció sobre los fósforos.

Estos españoles son los que no van al teatro si no se ponen á real los precios de las butacas.

Estos españoles son aquellos á quienes parece excesivamente caro el precio de una peseta que cuesta el asistir á una conferencia en la Institución libre. Buena gente."

Pues ya lo creo. ¡Como que será lo mismo asistir á una sesión científica que á una corrida de toros! Lo peor del caso será que se les antoje ir á la sesión científica cuando ya no haya toros, y se presenten allí con los hábitos tauromáquicos y los anteojos de chillar al profesor.

Pero ¿llegará día en que no haya toros? Dice un refran que *no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista*; y aunque el que hoy lamentamos pudiera creerse que bajo todas formas lleva de vida más de un siglo, la verdad es que hay pocos cuerpos que lo resisten. Ya se ha visto como se resintió el de *Frasuelo*; para otra vez puede que sea mayor la dolencia.

Por otra parte, el público encuentra caro todo aquello que no le gusta, lo cual no deja de ser natural, y barato todo cuanto le place, lo cual tambien parece esplicable: por eso no se le ha oído nunca quejarse de los derechos de consumo impuestos al vino y al aguardiente, y en cambio chilla por los de la carne y el pan; no se lamenta por el hambre de la familia; pero sí cuando se queda sin el cigarro ó sin el billete de los toros; y por el contrario, halla carísimo el teatro y el pan, y baratos la fiesta tauromáquica, el vaso de vino y la virginia con que satisface el vicio de fumar.

Dejar la ciencia barata por el vicio caro es cosa antigua, como lo es dejar la esposa bella y honrada, por la prostituta fea y podrida; como lo es insultar al periodismo sensato y delirar por la populachería falsa y traidora. Sólo en la balanza del Cielo pesa más la razón que el capricho, y la verdad que el error, y la honradez que la sensualidad; los hombres lo hemos arreglado de otro modo.

De extrañar es que, ya que hubo sesión en las Cámaras es-



pañolas, no se hubiese hablado en ellas de *Frascuelo*: hay allí tanto toreador del país con muleta de patriotismo y espada de ambición, tanto banderillero de la Constitución, tanto matador de la instrucción pública y tanto puntillero del crédito nacional, que nada de extraño tendría que se hubiese planteado en estilo natural, problema que todos los días se trata y resuelve en lenguaje figurado.

Pero en fin; ya llegará el día en que lo veamos: en cuanto se le antoje á algun excéntrico diputado á Cortes presentar una proposición pidiendo la supresión de las corridas de toros: entónces se verá la cuadrilla, con el señor ministro de fomento al frente, vistosamente adornada con los colores nacionales, armada con los trastos de matar, citar la historia, capear al sentido comun, picar al pueblo español, arrimar banderillas de fuego al orden público y matar el prestigio del país dejando que se lleven el cadáver de nuestra grandeza nacional las mulillas de las naciones extranjeras.

Pero he aquí los comentarios que ha hecho la prensa juiciosa y elocuente, que aun existe para nuestro consuelo entre el pueblo y el gobierno, ó por mejor decir sobre el uno y sobre el otro, al glorioso suceso tan esperado, preparado y consumado al fin, de la presentación de *Frascuelo* en la plaza de Madrid.

Cojamos primero *El Globo* del día 8 de Junio.

#### A Y E R.

"Si un extranjero, ignorando nuestras costumbres, hubiera atravesado ayer tarde la Puerta del Sol y calle de Alcalá, he aquí lo que hubiera preguntado:

"¿Qué sucede en Madrid? ¿Por qué sus habitantes se empujan y co-dean, gesticulan y gritan, y acuden á este centro, todos luciendo ricos y vistosos trajes, todos alegres y entusiasmados? ¿Qué batalla han ganado los ejércitos españoles? ¿Qué fiesta nacional se celebra? ¿Qué aniversario glorioso se conmemora? ¿Acaso el bienestar es grande en esta nación? ¿La ciencia es atendida? ¿Florece la industria? ¿La agricultura prospera?

¿A dónde se dirigen esos lujosos carruajes, conduciendo bellas damas y elegantes caballeros? ¿Qué camino siguen los que van á pié?

¿Se abre al público alguna exposicion artística, algun certámen industrial? ¿Se inauguran las obras de algun canal que fertilice los terrenos de la demarcacion?

¿Qué aspiracion nacional satisfecha, qué empresa patriótica realizada

Tomo V.—Núm. 15.



qué paz obtenida es causa de tal algazara y bullicio, de tal expansion y alegría?

—Es más que eso, le hubieran contestado. Madrid no se viste de gala por asuntos tan baladíos. Es... *¡Que el espada Frascuelo, herido hace dos meses, se presenta de nuevo en la plaza!*

---

Si hace pocos días hubiera visto cruzar la calle de Atocha un carro fúnebre, seguido de eseaso cortejo, hubiera preguntado:

“¿Cuyos son los restos que ese ataud encierra? ¿A qué clase de la sociedad perteneció ese desgraciado que no deja en el mundo más seres que le recuerden? Fué acaso algun hombre oscuro? ¿No hizo nada por su país?”

Ese, le hubieran respondido, no fué más que un hombre eminente en ciencia, en filosofía y en política. Dedicado á la enseñanza, vivió mártir de las ideas civilizadoras, y ha muerto pobre, segun se advierte en el escaso número de amigos que acompañan su cadáver.

---

Si, ignorando nuestro estado social, se hubiera trasladado por encantamiento á varias de nuestras provincias, he aquí lo que hubiera preguntado:

“¿En dónde estoy? ¿Qué país es este? ¿Qué hacen aquellos hombres, aquellas mujeres y aquellos niños encorvados hácia la tierra?”

¿A dónde se dirigen aquellos grupos que llevan en hombros un miserable ajuar?

¿Quiénes son aquellos otros que tienden al transeunte sus pálidas y demacradas manos?”

Los primeros, le hubieran respondido, buscan raices para alimentarse; los segundos, emigran á lejanos países en busca de sustento, y los demás, demandan á la caridad lo que no encuentran en el trabajo.

---

Si hubiera asistido hace dos meses próximamente al teatro Real, hubiera preguntado:

“¿Es este el tan renombrado coliseo? ¿Dónde se encuentran las aristocráticas damas que, segun la fama pregona, asisten á este certámen del arte y la hermosura? ¿Dónde están los caballeros que admiran las sublimes creaciones del génio?”

—Esta noche, le hubieran contestado, no se dignan asistir; porque el producto de la funcion se destina á un objeto benéfico.

---

Si se hubiera parado en el jardinillo que hay en la plazuela de las Cortes, he aquí lo que hubiera preguntado:

“¿A quién representa esa mezquina estatua, colocada en ese pedestal enano? ¿Qué simboliza esa especie de chozo de mampostería? ¿Dónde están las estatuas de los hombres ilustres de este país? ¿Dónde la de Co-



lon? ¿Dónde la de Calderon de la Barca? ¿Dónde la de Velazquez? ¿Dónde las de tantos y tantos otros que en artes, ciencias y literatura han engrandecido el nombre español? ¿Y dónde, sobre todo, la de Cervántes, ese génio que todas las naciones envidian á la española?"

—La de Cervántes, le contestarian, es la que está á la vista, tan pequeña como grande era su génio; y las de Colon y demás hombres ilustres, no se construirán mientras España tenga que dedicarse á rendir tributo de admiracion á los matadores de toros, que la han ilustrado y civilizado.

Y el extranjero pensaría, y con razon, que tales escenas no podían tener lugar sino en paises distantes entre sí, diferentes en estado social, usos y costumbres; prósperos unos, miserables otros, y nadie podría vencerle de que todo sucedía al mismo tiempo en esta clásica tierra de caballeros y mendigos.—JOSÉ NAKENS."

La ironía de este artículo es sangrienta: la bofetada está dada con mano fina; pero ha dejado sobre nuestras mejillas una mancha roja de vergüenza y negra de cieno; lo que tiene es, que como manos blancas no ofenden y la del Sr. Nakens ha tenido la precaucion de forrarse con guante perfumado de cabritilla, el pueblo español recibe el bofetón sin enfadarse por eso, y aparentando no ver que lo llevan las señoras, y las aristocracias, y el gobierno, esto es, cuanto más debiera valer entre nosotros: sonríe luego con desden, ó se encoge de hombros, ó responde con un insulto que nadie recibe porque nadie lo oye; pero que á él le aprovecha porque vacía su bilis por la válvula del despecho,... y santas Pascuas.

Después de todo, la pluma del Sr. Nakens lo primero que pone de manifiesto es la ingratitud general y eso es cosa vieja y olvidada de puro sabida. Los hombres que han honrado á la patria no sirven sino después de muertos: los toreros, por el contrario, sirven mientras están vivos: aquellos se utilizan en tanto respiran, y como cuando se utiliza una cosa siempre hay desperdicios y estos se arrojan al muladar, el héroe y el sabio sueltan la savia y van á parar al cementerio; luego sus estatuas forman el público decorado y sino las tienen Colon, Cortés, Calderon ni Lope, es porque preferimos tener el dinero que cuestan en nuestros bolsillos cuando somos gobierno á tener sus efigies en las plazas y paseos donde no somos más que simples ciudadanos ó ciudadanos simples.

En cambio, los toreros se gozan vivitos; es un elemento que,



como el besugo hay que devorarlo fresco y mientras colea; luego que se muere, ya no hay que acordarse de él; tan modesto y cómodo fué el protagonista taurómico, que ni una mala estatua nos exige desde su tumba. Verdad es, que le hemos dado tantas gollerías en vida, que no tiene derecho á pedirnos nada desde el otro mundo.

El positivismo actual exige que se tome del hombre lo que nos aprovecha; y el sibaritismo y la barbarie de nuestra civilización, reclaman que se de más al placer tauromáquico que al saber científico ó al poder moral; resulta, pues, que el torero vale más que el filósofo y que el poeta, que el guerrero y que el navegante; y por tanto que se le debe dar más: y he aquí que la sociedad acierta dándoselo. ¿Quién ha de querer laureles y rosas, regalos y riquezas, que ha de compartir con un torero? ¿Quién ha de querer los mimos de la aristocracia y las esplendides de un pueblo hambriento, teniendo la conciencia de que no sabe echar una mala *verónica* á un torete de Lesaca? ¿Quién ha de pretender ocupar un puesto en la mesa de un ministro ó de un duque, cuando á su frente ha de tener al matador y codo con codo al banderillero? Es mejor morir y que le lleven á uno cuatro amigos decentes al agujero que le tiene la sociedad preparado en ese avispero social que se llama *cementerio*; y es mejor que la patria no se acuerde de nosotros, porque nos vá á hacer reir desde el fondo de nuestras tumbas y esto es una *guasa*. Despues de todo, si tras de hacernos morir de hambre le vamos á servir de espantajo en sus jardines, de mingitorias en sus plazas y de adorno donde bien le parezca, más vale que nos deje en paz y se entretenga con sus *Frascuolos* y sus *Lagartijos*, viendo matar toros y morir toreros.

Todavía *La Iberia* del día 8, apuntaba lo siguiente en su gaceta:

"TOROS.—Excusado es decirlo.

Salió Frascuelo, y aquello fué una ovacion descomunal.

El público aclamó al torero con entusiasmo frenético.

Si Frascuelo hubiera sido herido haciendo algo útil á su patria y á la sociedad, no habría merecido mayor ovacion.

La aristocracia, el pueblo y la clase media le saludaron con nutridos aplausos.

Iguales ante la ley no seremos los españoles; pero, por lo ménos, ya se sabe que ante Frascuelo todas las clases se igualan para aplaudirle y acla-



marle y hasta para echarle coronas. Sí, señor, coronas; no hay exageración."

Y *La Correspondencia* del 9 daba además la siguiente noticia:

"*La Epoca* de anoche hace constar que la prensa se ha expresado en términos que hacen honor á su cultura, acerca del espectáculo de un pueblo que olvida hasta sus más sagradas obligaciones por asistir á una corrida de toros y echar coronas de rosas blancas, cigarros y cajones enteros de cigarros, sombreros y otros utensilios análogos á la reaparicion de un diestro sobre el redondel.

Después de copiar la opinion de algunos colegas, añade *La Epoca* que la prensa "se ha mostrado sorprendida de los vivas, de los clamores, de las ovaciones inusitadas rendidas á un matador de toros en la patria donde los héroes, los sabios, los hombres eminentemente benéficos viven en la oscuridad y mueren en el olvido."

Pero vengamos á la revista de la corrida del 7 de Junio, hecha por el *Sr. Blasillo* en *El Globo* del 8.

Empieza así:

"Lector amantísimo, hoy no busques conexion en mis ideas, ni lógica en mis deducciones, ni filosofía en mi criterio: busca únicamente la incoherencia, el *potpurri* de afectos diferentes, la *mesa revuelta* de sensaciones, y un aluvion de palabras, casi todas sin sentido; porque estas, y no otras, son las verdaderas manifestaciones del sentimiento de alegría, y poseida se halla mi alma de la más placentera de las felicidades y del más férvido de todos los entusiasmos."

En una palabra; *Blasillo* está loco, loco de alegría; pero esta locura lleva á nuestro entender un tinte de fina ironía, de punzador sarcasmo, así como unas *ortiguillas* en el fondo, que nos ha de ser muy provechoso. No, y lo que es esta vez el trastorno se justifica: hay razon para la *sinrazon*: veámoslo:

"El motivo no es para ménos.

¡Fracuelo se halla restablecido! ¡Fracuelo ha toreado! Detenga un instante su vitalidad la Naturaleza (*es decir muérase todo el mundo, ahora que Fracuelo vive*), callen las aves, inclínense las flores, abran sus cálices las rosas, satírese el espacio de los más exquisitos perfumes, (*engalánese la creacion para que sirva de pedestal al matador de toros*), cuélguese los balcones, ondeen las banderas nacionales, pueblen el aire de armonías cien bandas de música (*tóquente salga el toro*), y veintium cañonazos atruenen nuestros oídos, (*en dejándonos ojos para verlo, aunque no le oigamos brindar*), que eso, y mucho más, merece el acontecimiento que Madrid entero celebró ayer tarde."



Y con Madrid España, y con España el mundo y con el mundo la creacion y hasta los ángeles en el cielo, debieron cantar: *¡Hosanna, que ha parecido el redentor de los pueblos!.. ¡Hosanna, para el que viene en nombre de la civilizacion!* ¡Y se cernían los angélicos coros entre rosadas nubes sobre la plaza de toros: y la gente enloquecía con tanta luz, tanto aroma y tanta felicidad! Desde la revolucion acá España, tiene honra porque resucitó á la libertad; desde Frascuelo acá España tiene ventura, porque resucitó al tauromaquismo.

“¡Volver á torear Frascuelo! Este es el colmo de la dicha, (*lo ven Vds?*) de la felicidad de la patria, de la prosperidad pública! Sí; de la prosperidad, (*Quién dice que no?*) y no retiro una sola letra. (*Ni nosotros un tilde*).

¡Pesimistas visionarios deben ser los que hablan mal del estado financiero de España! ¡Calumniadores! (*Como está poniendo el Sr. Blasillo á los contribuyentes!*) ¡España es rica, es próspera, es feliz!

¡Aquí el más pobre, es capaz de enterrarle á V. en un monton de onzas de oro!”

O de manteca, para ponerlo escurridizo ó para darle tanto lustre como puede ostentar el libro de los blasones del más encofetado y rancio de nuestros *grandes*. Pero el *Sr. Blasillo* tiene razon; aunque sólo sirvieran las corridas para presentarnos el cuadro de la dicha, y hacernos creer en nuestra prosperidad, no dejaban de ser provechosas. Pues ahí es nada ¡el concepto que formarán del pais los extranjeros, visto á traves de ese brillo con que aparece en una corrida taurina! El mismo concepto que nosotros de una de esas decoraciones deslumbradoras y entontecedoras que nos presenta el Sr. Arderius en los cuadros finales de sus óperas bufas. Sólo que en estas, todo el brillo y todo el movimiento es mentira y en aquellas toda la obcecacion y toda la barbarie es verdad. Pero salva esta pequeña diferencia, tan feliz es España, como es artístico el espectáculo bufo y tan próspera anda la nacion como el oro y los nácares entre las suripantas del Sr. Arderius.

Pesimistas, pesimistas embaucadores, son los que se quejan del estado de un pais que tiene fiestas como las taurinas y hombres de la talla de *Frascuelo*, que sirve de ideal á nuestros toisones y grandes cruces y de modelo á nuestros títulos y á nuestros ministros, muy especialmente á los de fomento que nunca han sabido chulear más que al profesorado, ni dar la puntilla



más que á esos toretes embolados que se llaman *maestros de escuela!*...

Dejemos la narracion al *Sr. Blasillo*:

"El domingo último se supo, durante la corrida de toros, que ayer mataba Frascuelo, y el lunes estaban ya vendidos todos los billetes á los revendedores; el martes se cotizaban en la bolsa las andanadas, las *barro-ras* y las delanteras de grada á precios fabulosos; el miércoles seguía el movimiento de alza, y ayer, á última hora, se pagaban á 22 reales los tendidos de sol."

¡Cuánta hambre el viernes!... ¡Cuánto disturbio en los hogares y cuánta pelotera en las familias al día siguiente!... Porque donde no hay arina todo se vuelve mofina: y porque donde no se saca el trigo, no puede quedar la arina. Pero por un gustazo un trancazo: y si no hay vaca en la olla, hay toros en la cholla.

Por otra parte, como el dinero no arde, cuando muchos pierden alguien gana: y hé aquí quien ganó:

"Y no quedó uno (un billete) por vender, y mientras los aficionados para ir al circo dejaban sus casas, los revendedores volvían á las suyas, llevando los beneficios de esa operacion mercantil, hecha al aire libre, conocida con el nombre de reventa, en sacos de noche y en carteras de viaje."

Ya vemos quienes ganaron. ¿Es lícita esta usura del deleite, este derecho de puertas con que se graba el placer, estos consumos impuestos á la barbarie y á la aberracion? Creemos que sí; pero tambien creemos que no producirán los efectos económicos que se lamentan cuando se trata del carbon y del aceite, del pan y de la carne; porque los revendedores contratan con ciegos ó con insensatos, en tanto que los cobradores de consumos se las han con gente muy despavilada, que el hambre y la necesidad ponen cuerdo al más loco y hacen un lince del más miope.

Ya saben los que ponen muy alto los precios del placer y la torpeza, que habrá quienes para alcanzarlos se suban encima del sentido comun, de la moralidad privada, del decoro nacional y hasta de la miseria de la familia. ¿Qué tal grado de fanatismo se necesitará para no oir el hambre de los hijos, ni el tiritar de sus miembros ateridos de frío? ¿Qué grado de sordera no será preciso para no escuchar las lacrimosas reconvenciones de una mujer, ni la voz imponente de la conciencia, ni aun el des-



templado grito del egoísmo que emplaza con el miedo de la miseria para el día siguiente? Pues nada, no se oye: y si acaso, ahí está el vino que acaba de dejar sordo (así dejara mudo) al *taurólatra*.

Pero veamos las cuentas que nos hace el *Sr. Blasillo*:

"Y los albañiles dejaron las obras, y los carpinteros los talleres, y los sastres el obrador, para asistir á la sangrienta cátedra de tauromaquia, situada á la derecha de quien vá camino de las ventas."

Abridles aulas de corte de ladrillos, Geometría ó dibujo, sistema métrico decimal, ciencias morales y políticas ó artes, y les vereis invocar el sagrado de las obligaciones y la ley del trabajo para disculparse de la asistencia. Es verdad que en la plaza de toros se adquieren parroquianos y hasta se aprende una ciencia que sirve para atraer gente y reunir tertulia en el taller y en el obrador: tambien un cierto instinto conduce á las tabernas para discutir lo visto en la plaza y suele el juicio pasar á las manos cuando la cabeza está ocupada por los vapores de Baco y salir el convencimiento con las tripas al golpe de un argumento *ad hominem* tan potente como un navajazo: mas todo cae por encima, escepto el muerto que suele caer por debajo de la tierra, y aun el matador que suele caer por bajo de ministriles, que más le valiera que le cogiese un toro.

Pero sigamos, y perdonesenos nuestra charla:

"¿Qué importa ese medio jornal no ganado? ¿Qué significan esas tres ó cuatro horas de trabajo perdido? Nada absolutamente. Medio jornal, por término medio, vendrá á valer 8 reales, y 18 ó 20 el tendido, son 28; 3 ó 4 de vino, y 5 ó 6 de chuletas, y 3  $\frac{1}{2}$  ó más de café, y pongamos otros 5 para las *tientas de la sosiega*, y hallaremos un total, á parte de las palizas á la mujer y los empujones á los chicos que censuren el proceder del obrero aficionado á las lides taurinas, y hallaremos un total, repito, de 50 reales, poco más ó ménos, consumidos en la necesidad imprescindible de ir á ver la salida de Fraseuelo. Bien hecho. O somos españoles ó no lo somos; en el primer caso, dejémonos la coleta y á torear; (*ya lo hacen los magnates, con toda la sal del mundo*); en el segundo, dediquémonos á aprender algo, á estudiar industria ó agricultura, (*qué salidas de tono tiene el Sr. Blasillo!*) y nos moriremos de fastidio y de comodidades, como les sucede á los estúpidos ingleses ó á los necios alemanes."

No tenga cuidado el *Sr. Blasillo* que no nos morimos de esas enfermedades: ¿cuánto apuesta? Y es que nosotros no somos estúpidos, aunque muchas veces lo parecemos, y aunque



no pocas hacemos todo lo posible por conseguirlo; ni tampoco somos necios como ciertas gentes aseguran.

¿Recuerdan Vds. lo que le pasó á Viriato? Que le llamaban bandolero los envidiosos de los romanos; pues algo de eso nos pasa á nosotros; que los tontos de los ingleses ó los excéntricos de los alemanes nos ponen como un trapo; pero esto no es más que envidia, pura envidia; si ellos tienen más ilustración, más riqueza, más amor al trabajo, más significación europea, más influencia en la vida política moderna, más libertad, mejores gobiernos, más moralidad privada y más preponderancia social, en cambio ni tienen una caña de manzanilla ni un amontillado como los nuestros, ni juegan al *mus* y á la treintaiuna en la taberna, ni tienen el buen humor que aquí gasta la gente del *bronce*, ni una aristocracia tan amable y populachera que fraternice con el pueblo en los tendidos de una plaza de toros y con los toreros en sus palacios, ni sobre todo poseen una fiesta nacional tan salada, tan vistosa, tan mágica como nuestras corridas, que constituyen el primer espectáculo del mundo, pese á los alemanes y á los ingleses y hasta á los turcos, á quienes tanto nos parecemos, al ménos cuando estamos borrachos de vicio ó de fanática ceguedad.

Y sigue el *Sr. Blasillo*:

"Nosotros somos muy rumbosos y nos gastamos hasta lo que no tenemos, porque sí, y porque Dios quiere, como decimos los manolos (*y los pepes*)."

Aquí no reparamos en gastos de ninguna clase, y si no, haga V. una prueba. (*Que te pinchas*).

Inicie V. una suscripción nacional para acabar la construcción de la Biblioteca (*ó para pagar la deuda, como Francia con su indemnización de guerra*), y á los cinco ó seis meses, cuando más, habrá V. reunido lo ménos, lo ménos, el dinero bastante para comprar... un par de banderillas. (*O pasará como con las cantidades que la caridad juntó para socorrer á Filipinas, ó para las víctimas del Cantábrico: V. las vió?.. Pues ni nosotros tampoco; pero si fuéramos fondistas, ó taberneros ó contratistas de toros, ó empleados del gobierno, quizá las hubiéramos visto*).

¡Hermoso país el de España! ¡Envidiable carácter el de los españoles!.. (*¡Qué país, que paisaje y que paisanaje! La casa vale mucho; pero los inquilinos!..*)

Una esperanza nos consuela sin embargo. (*A ver; venga*).

Tomo V.—Núm. 15.



La de que no tenemos enmienda. (*¿Será verdad? Concluirá Blasillo por ponernos de mal humor.*)

¡Viva Frascuelo y adelante con los faroles! (*No, faroles no, por María Santísima, que hay muchísimos de todas formas y dimensiones: luces, luces, que hay pocas y son de candil: hogueras, hogueras como las de la inquisición, contra las heregias de la barbarie, las rudezas del tradicionalismo, los cismas de la inmoralidad, los pecados de la sensualidad y el indiferentismo, y los tormentos del oscurantismo y las ambiciones.*)

Dejémonos conducir—acaba el Sr. Blasillo—por el torbellino del entusiasmo popular, y reseñemos la corrida celebrada ayer tarde.»

Nosotros, por el contrario, opongámonos á ese entusiasmo y prescindamos de la reseña, que aunque muy graciosamente hecha, nada ofrece que para nosotros sea de interés. ¿Qué nos importan los triunfos de Frascuelo, que, cuando más, sólo pueden servir para ponernos rojas las mejillas? Hagamos aquí punto, ya que felizmente no hubo aquella tarde ningún cadáver humano que lamentar.

\*  
\* \*

En la corrida del día 10, dice nuestro incomparable Blasillo lo siguiente:

“Si no fuera tan cándido el pueblo de Madrid, ¿Cómo había de estar un día y otro tragándose la *insoportable pilonga* que el empresario de la plaza de toros le viene dando?

¿Vds. creen que hay forma de resistir corridas de toros como las de ayer?

¿Si quedara afición *verdaderamente inteligente*, soportaría el público esos toros, esos toreros, esos caballos, ni nada de cuanto pisa el redondel, con ligeras excepciones?”

Echa el Sr. Blasillo la culpa de todo esto á D. Casiano y le endereza una filípica, que lo pone negro, si es que realmente le corresponde otro color al empresario de esos centros en que se condensan las nieblas de la aberración y se hacen palpables las sombras de la ignorancia.

Bien hizo el Sr. Blasillo en subrayar la frase *verdaderamente inteligente*, porque, por más que uno se devane los sesos, no es fácil que adivine en que consiste la *ciencia del toreo*, ni para qué sirve, ni donde tiene sus principios, ni cuales son sus fundamentos.



Cualesquiera diría que los más inteligentes son los que la practican; pero como todos los días estamos viendo que son víctimas los toreros y que la tal *ciencia* está llevando unos mentís soberanos, concluimos que, una de dos, ó no hay esa decantada inteligencia en los toreros, ó quienes poseen la supuesta *ciencia* son los toros, vencedores tan frecuentemente de los maestros, y siempre de la racionalidad y la nobleza de los taurómacos.

Los que si tienen bastante *cucología*, son los profesores que peroran desde las barreras: allí si que está el ánimo sereno y que se pueden dar lecciones al lucero del alba, si á este astro se le antojara alumbrar una corrida de toros; pero los pobres toreros, cuyo empirismo suele desmentir una cornada y dejar mal parado el más sucio revolcon, llamarles encima *inteligentes* y *dies-tros*, como suele hacerse, nos parece el mayor de los sarcasmos y el más cruel de los regodeos.

Pero el caso es que el *Sr. Blasillo* pone en duda la suficiencia tauromaquica de los madrileños, diciendo en su revista:

"Por eso decíamos que la inteligencia no tenía representacion en la plaza de Madrid, y se nos ocurren á este propósito estos versos tan conocidos:

Desde que en el mundo tienen  
Tanto talento los tontos,  
Es el sentido comun  
El ménos comun de todos."

Esto, por lo que hace á la ilustracion taurina del público: porque respecto á la del matador Hermosilla, despues de tanto pase y medio pase, estocada y media estocada, pinchazo, gollotazo, &, el pobre fué cogido... aunque *afortunadamente sin consecuencias: desgraciadamente* no se necesitan las consecuencias para demostrar que no se sabe una palabra y además que no se es chiripero, como otros toreros de ombbligo largo.

\*  
\* \*

Antes de pasar á la famosa corrida del 17, no estará de más que tomemos nota de la siguiente gacetilla que nos regaló el *Diario de Cádiz* del 16.

"Toros.—Proyéctase en Málaga una corrida de toros que ha de señalarse como un acontecimiento taurino.



Tomarán parte en ella seis matadores con obligacion de banderillear cada uno su toro, componiéndose cada cuadrilla de un solo picador y del cachetero. Los seis toros que han de lidiarse pertenecerán á distintas ganaderías, adjudicándose un premio proporcional al diestro y picador que cumpla mejor.

La presidencia de esta corrida se concederá á una comision compuesta de aficionados de Madrid, Sevilla, Córdoba, Málaga y Cádiz."

He aquí como se busca la inteligencia; y sólo hay que extrañar que escojan la de los aficionados cuando se trata de juzgar la de los maestros: pero la encontrarán, vaya si la encontrarán buscándola en todas esas partes; lo que quizás no fuera tan fácil, sería hallar jueces para tribunales de sentido comun y de susceptibilidad patriótica y amor al trabajo y á la preponderancia nacional; pero para cosa de toros, Málaga sola podría dar un contingente lucidísimo, como que, segun los últimos elocuentísimos datos estadísticos, la perla del Mediterráneo encierra ¡quinientos once!! establecimientos destinadas á la venta de vinos. Digo ¿hay fuentes de valor, y centros de ilustracion, y signos de riqueza, y focos de moralidad, en esta buena hermana que nos dió Neptuno?

No nos parece que habrá nada que decir de España despues de celebrado este concurso; ¿qué se les puede ocurrir á los extranjeros cuando, tras tantas guerras y tantas calamidades, ya nos hemos repuesto hasta el punto de poder *señalarnos* con un acontecimiento taurino de esta monta y transcendencia? Verdaderamente somos admirables!

EL DIRECTOR DEL BOLETIN.

---

### ADVERTENCIA.

---

Para terminar las reflexiones del *Sr. Blasillo* y cortar convenientemente nuestros apuntes para la *Historia del toreo en España*, hemos agregado al presente número un cuarto de pliego, que nuestros consocios no estrañarán hallar de ménos en el número siguiente.